

*Una actriz -o un actor- razona y diserta sobre la inspección técnica de vehículos.*

No sé qué pensareis vosotros de la I. T. V. Sí, hombre, de la inspección técnica de vehículos. El matadero ese al que llevamos el coche cada año, o cada seis meses o cada mes..., para que nos lo revisen. Y eso es mentira, nadie lo lleva con idea de que se lo revisen, eso ya lo sabemos todos. Se lleva para pasarla; porque revisar, lo que es revisar, que revisen a su señor padre.

Con lo dados que somos los hombres, entiéndaseme los machitos, a llamar la atención, a dejarnos ver... siempre caracoleando arriba y abajo con el rabito entre las piernas para que la muchachita de turno se fije en nosotros, en quien se fije la muchachita... Pues en la ITV nos gustaría volvernos como invisibles... Estar allí, sí, para no dejar solo a *Janfry* o como se llame nuestro coche, estar, pero sin cuerpo presente. Mirando sin ser vistos. Viendo, y sin que nos vean.

No hay duda: la idea, la verdadera idea cuando llevamos nuestro vehículo a la ITV es, si allí se dejan, engañar a los chicos de la inspección. Ingenieros, nada menos; ni que fueran médicos solamente.

Porque, claro, a un médico se le puede decir: me duele aquí o me duele allá, y él o ella, por muy doctor que sea, objetar: pues yo no veo nada. ¿Cómo va a ver usted algo? Se le contesta, educadamente, por contestar algo. ¿Es que acaso el dolor se ve? Y usted es médico o médica... Se piensa, sólo se piensa... Porque contestar de viva voz se le contestarían otras cosas... Si yo digo que me duele, es que me duele. Nada, nada, razona el doctor al final, le

duele, pues le duele; ¿le doy la baja? Y con dolor, mucho dolor, doble dolor, cogemos esa baja que en el fondo no deseamos y salimos de la consulta con dos dolores: el que traíamos y el dolor de los descuentos de sueldo a final de mes por culpa de la dichosa baja.

Pues la ITV y el ambulatorio son como dos gotas de agua, aunque no lo parezca. No tienen nada que ver en la teoría, sólo en la teoría. En la práctica son todos matasanos disfrazados de mecánicos. Y como tales pues también diagnostican: su coche está enfermo. Ante la cara de extrañeza de uno, te escupen a la cara: resulta que tiene los frenos en las últimas y es urgente cambiarle los discos traseros. ¿Los discos en las últimas? ¡Qué sabrá él! Si frena él solito cuando tiene que frenar. Si mi todo terreno me conoce mejor que mi compañera. Mi coche frena con una mirada mía, vamos. No necesita ni discos. Digo. No tengo ni que apretarle al pedal. Qué sabrá él de los frenos de mi coche.

Y resulta, añade el tío, que también tiene las ruedas desgastadas. ¿Las ruedas desgastadas? Pero si no circula. Si lo tengo en el garaje porque el precio del combustible no hay quien lo pague, te dan ganas de decirle. Y la luz de frenada del piloto trasero derecho está fundida. Y el faro izquierdo parpadea. ¿El freno, el faro? Pues ahora mismo funcionaban estupendamente. Que sí, que lo he comprobado hace nada. Yo creo que las naves lúgubres esas de la inspección tienen gafe. Todo se estropea.

Además, llegas a la ITV, y así, de entrada, te hacen pagar. ¡Pero si yo no quiero llevarlo a la ITV! ¿Cuántas veces tengo que explicarlo? Si yo fuera ese machito, le aclararía: si mi utilitario, que por eso se denomina utilitario, es el único miembro útil de mi casa que me responde a la velocidad que yo quiero,

cuando yo quiero y como yo quiero. Sin protestar. Sin falsos dolores de cambio de marchas. Yo monto, y él arrea. ¡Y que vengan caminos, eh! Él siempre hacia adelante. Nada de marcha atrás.

¿Por qué me lo tienen que inspeccionar? ¿Quién se ha compinchado con quién para causarnos a los demás tanta desgracia vehicular? ¿Por qué no nos dejan vivir al límite? ¡Con lo alucinante, lo flipante que es ir a doscientos kilómetros por hora, aunque se tarde realmente en ese recorrido de dos o tres horas, en función del tráfico rodante!

Es que da una tristeza verlo: te colocan el pobre coche ahí, nada más entrar al matadero ese, sobre unos rodillos y apriete el freno bien fuerte, que yo tengo miedo a sacar el pie por el radiador... A mí los rodillos se me clavan en el hígado, que queréis que os diga, para mí que más de una vez me han estropeado el coche en esos rodillos que parecen sacados de las máquinas de tortura de la Inquisición.

Y encima, cuando más descuidado estás, un colega del ingeniero no sé cuántos te está trasteando el volante de una manera, con unas maneras..., hacia un lado, hacia otro. Con una energía que le echa el tío... Con el cariño que yo tuerzo siempre a un lado y a otro, que te dan ganas de... De... Oiga, le pido, ¿no puede hacerlo con más ternura?, mi coche es muy delicado. Estoy comprobando la dirección, no se preocupe; dice, todo convencido. ¿La dirección? Si me va a romper el volante como siga dándole con ese ímpetu.

Y ya, para terminar el recorrido, para qué contar lo que yo les haría a los señores ingenieros cuando veo que le meten a mi Janfry un pedazo de tubo así por la retaguardia, por el tubo de escape. Sin avisar, ni nada. Hala..., hasta dentro. Me cago en... Y encima te dicen que tiene el vientre podrido. Que no

hay quien aguante sus gases. Que contamina. Que contamina mucho. Pero si yo, y soy yo, cuando como unos inocentes garbanzos, mi churri no me deja entrar en casa hasta que ella se haya dormido, ¿qué esperan los señores ingenieros esos de alguien como mi Janfry que sólo se alimenta de gasolina? Pero, vamos a ver: ¿la gasolina de donde viene? Del petróleo. ¿Y el petróleo qué es? Pues gasolina sin refinar. La pescadilla que se come la cola. ¿Sabéis lo mal que sabe un trago de eso? ¿Lo asquerosamente mal que sabe? ¿Habéis dado un trago alguna vez de gasolina? Pues no quiero ni pensar cómo se tienen que sentir nuestros coches bebiéndola a diario.

Me voy a pensar en eso. A escribir algo muy indecente.